

# La experiencia del desengaño

(A propósito de una obra de José Echeverría)

Considero al autor que inspira estas reflexiones, a José Echeverría, como una de las figuras más descolantes del pensamiento americano actual. Dos palabras sobre el autor: Echeverría realizó estudios superiores en Inglaterra y Francia, y publicó en este último país su primera obra filosófica (*Reflexions métaphisiques sur la mort*) Regresó a nuestro país, a la Universidad de Chile, en una época en que filósofos insignes se paseaban, como Platón por el ágora, por los jardines del antiguo pedagógico, en Macul: José Ferrater Mora, Ernesto Grassi; y de los nuestros, Jorge Millas, Luis Oyarzún. Reside desde hace más de veinte años en Puerto Rico, en cuya universidad ejerce como catedrático en filosofía. Su obra más hermosa, más 'convocadora' es, tal vez, el *'Libro de las Convocaciones, I: Cervantes, Dostoyevski, Nietzsche, A. Machado'*, (Ed. Anthropos, Barcelona, 1986), desgraciadamente, muy poco conocida en Chile. La lectura de este libro, el seguimiento que en él se hace de las andanzas del Quijote, significó un inmenso estímulo para mis propias inquietudes.

Entre tantas luces y sombras del alma que allí se van mostrando, está la experiencia del desengaño, tema que después he vuelto a encontrar reiteradamente en otras obras y trabajos de Echeverría. Y con una insistencia que me parece clave para entender la globalidad de su pensamiento.

Voy a hablar, pues, de esta experiencia, que juzgo tan propia, amargamente propia, de nuestra situación contemporánea.

Escribimos, al menos una vez, este término así como lo hace Echeverría: 'des-engaño', para indicar su proveniencia y su modo de aparición. Dicho brevemente: para conocer el des-engaño hay que haber sido previamente engañado; o mejor: habernos engañado. Así, al engaño de una experiencia (la experiencia es siempre la engañosa) sigue la experiencia del desengaño. Y este es el único orden posible, pues de otro modo, éste no llegaría ni siquiera a constituirse.

Empecemos, pues, por el engaño. ¿Habrá que presentarlo?

Creemos esto, llegamos a la convicción de eso otro, mediante procesos de adhesión que, súbitamente, se nos revelan errados. Fraudulentos. Experiencia de todos los días.

No basta mostrar, sin embargo, este rasgo clarísimo de dependencia de un significado de otro significado, para aprehender lo que afectiva, existencialmente, aquí está en juego.

En todo desengaño (de la vida, del amor, etcétera) hay una pérdida, un vacío al que viene a recubrir una tristeza más o menos resignada.

Pero lo curioso es esto: si el desengaño fuera simplemente disolución de un engaño, y nada más, no debería sumirnos en esta tristeza. Supongamos que, a causa de prejuicios y apariencias, yo alimente cierta prevención respecto de alguien: que lo crea desleal, irresponsable, privado en fin, de las cualidades que lo harían merecedor de confianza. Imaginemos ahora que un buen día descubro que estaba engañado en mis apreciaciones. Disuelto el engaño, no diría en absoluto -y esto es lo curioso- que me encuentro desengañado. Todo lo contrario.

Este ejemplo nos puede poner en camino hacia el significado pleno del desengaño: lo que éste disuelve no es cualquier engaño sino aquel sobre el que apoyábamos nuestra seguridad, nuestros proyectos, nuestras ilusiones; al que estábamos afeccionados, aficionados. Y amábamos. Sólo a propósito de bienes esperados, que hoy se disuelven, que hoy se desmoronan, y sólo a propósito de ellos, hay desengaño. Y hay dolor. Experiencia de repliegue, como la de nuestra época, a raíz de proyectos que, venidos a tierra, no nos queda sino llamar 'utopías'. ("¡Cuánto será mi dolor!")

Pero nuestro filósofo va mucho más lejos. En su pensamiento el desengaño no representa sólo una característica más o menos visible o alarmante en una época como la nuestra. Lo que intenta describir a través de este tropiezo es una condición inseparable de la experiencia humana; un hecho radical de la vida.

El hombre, incluso en sus modos y edades de inocencia, corre siempre fuera de sí a fin de hacer suyas las cosas, con las manos, con los ojos, con el alma. "La conciencia del sí mismo -dice el filósofo- aparece por su propia condición, de partida, como fuera de sí" (Ser y Estar, pág. 18). Y en este acto de arrojo 'realista', diríamos, no se percibe a sí misma. En eso consiste, tal vez, su inocencia. "La imputación al yo es, pues, subsidiaria, y proviene del fracaso en la tentativa de imputar algo a lo Otro" (Ser y Estar, pág. 15). Es a este continuo fracaso a lo que Echeverría llama desengaño.

Podríamos preguntarnos: ¿No es posible, desde esta experiencia del desengaño, ir hasta su fundamento



El filósofo José Echeverría

negativo, al engaño, y ahora, reconocido como tal, familiarizados con su trato, aprender a evitarlo? En eso consistió, allá en el siglo XVI, el ambicioso proyecto cartesiano frente al estado de crisis, de naufragio, en que se debatía el saber tradicional. No es de admirarse que los espíritus más preclaros de la época, como ciertamente lo fuera René Descartes, sintieran la irritante sospecha de encontrarse engañados en todo, o casi todo, cuanto habían

conciencia; el problema es que -diría nuestro autor no hay conciencia dónde refugiarse (u ocultarse) de lo otro, justamente, porque la conciencia, el sí mismo, es 'dirección obligada' a lo otro; porque la vida no puede hacerse a sí misma sino fuera de sí misma.

La experiencia, entonces, es andanza, aventura con lo otro; aventura en la cual, el polo reflexivo -el sí mismo- y el polo de lo diferente -lo otro- son dos aspectos que absolutamente pueden separarse. Así, en todos los actos de disolución (los sucesivos desengaños) hay algo muy fundamental que queda indisoluble: la relación misma a lo otro. Ciertamente, de otro modo, con otras precauciones y otros descuidos.

Esta expresión: 'Lo Otro', no es una manera de abreviar la variedad de lo que hay en el mundo en el que estamos. Justamente, lo que hay en el mundo -y en el mundo mismo- son modos de presentársenos de lo otro en esa sucesión de engaños y desengaños por los que camina la vida individual y la historia. Lo otro no es, pues, una expresión que denote algo 'a la vista', objetivo. Es más bien -así lo entiendo- la condición misma de visibilidad (lo que los presocráticos llamaban 'arjé': un principio). No significa, por tanto, ninguno de los contrapuntos empíricos por los que cada experiencia es necesariamente experiencia de algo, de esta cosa o de esta situación concreta: "Lo otro no se confunde con las cosas otras, no es una abstracción de la alteridad de esas cosas, puesto que, al revés, estas cosas sólo son otras en la medida en que admiten ser referidas a este centro para

reconocer en ellas entes ajenos al yo" (Ser y Estar, pág. 16) Lo otro es un principio (el principio de lo que nos aparece en el mundo en que estamos). Pero también es un destino, una promesa que no puede desengañarnos.

¿Para cuáles tiempos se anuncia el cumplimiento de esta promesa que no es ni engaño ni desengaño, sino manifestación de la verdad?

Pienso que en el primer capítulo de *El libro de las convocaciones, I* se encuentra, en la imagen del espejo, el símbolo adecuado de lo que el autor nos propone:

"Si un símbolo pudiera resumir eficazmente la novela de Cervantes, sería el del espejo; no sólo por la serie de desdoblamientos en que el autor se complace -recuérdense los relatos dentro del relato, la secuencia de narradores-, no sólo porque el Bachiller es espejo de don Quijote como éste lo es de cada penetrante lector. Sobre todo, porque el espejo expresa de un modo privilegiado la concepción que Cervantes tiene del morir reflexivo como dador de bienaventuranza. Ese que veo allí, reflejado en el espejo, soy yo, tal como me ofrezco a la mirada ajena, hecho objeto; pero, soy yo también, mirándome en el ser mirado, rescatándome de la condición de objeto inerte, de eventual cadáver; constituyéndome a mí mismo como sujeto por esa mirada reflexiva que al reflejarme me es devuelta. Pero hay también esto, y es más: el espejo es un muro, una frontera, un límite que tiene mi marcha, tal como la muerte detiene mi tiempo; y, sin embargo, más allá se ve un espacio que, mirado con atención, resulta ser el que está detrás de mí y que ya he recorrido" (op.cit., pág. 38).

La imagen del espejo nos ofrece la idea de la concentración temporal, de la aprehensión de un presente privilegiado: de un don, tras las peripecias a través de un tiempo fuera de sí, en medio de los cuidados y proyectos en el mundo.

Evoca -así me ocurrió- a Moisés: caminando por el gran desierto, llegando al término de su exilio, ascendiendo al monte Nebo, despojándose de sus vestiduras; para contemplar, por fin, en un acto de recogimiento definitivo, esencial, la vastedad de esa tierra prometida que destila leche y miel.

El pensamiento de Echeverría es un pensamiento sobre el vivir reflexivo, que es también recogimiento. La gran verdad del espejo es que el acto de morir (así lo llama: 'acto' de morir), representa la reflexión definitiva: acto del adiós -no triste esta vez- a todos los engaños.

\*Filósofo, miembro del Consejo de Redacción de LA NACION